
Año de 1845.

AL terminar este año, se había pronunciado en el Peñasco, cerca de San Luis Potosí, el Gral. Don Mariano Paredes y Arrillaga y marchaba sobre la Capital.

En consecuencia, el Colegio Militar suprimió las vacaciones, y todo su personal fué acuartelado en Chapultepec, en donde se comenzaron á construir algunas obras de defensa.

Para reforzar el punto, ingresaron á él por orden superior, una Compañía del 4.º de línea y otra del activo de México.

Se colocó en el llamado Caballero Alto una pieza de plaza de fierro, del calibre de á 16, y se puso al mando del Teniente de Artillería Don Francisco Paz.

Yo acababa de ascender á subteniente de la misma arma y formaba parte del pelotón de aquella pieza, compuesto todo de oficiales.

En el *Patio grande* había una pieza de batalla de á 4, servida también por oficiales, y se le dió el mando de ella al Teniente Don Joaquín Marroquín.

Los alumnos del Colegio ocuparon la azotea y el *jardín*, y las compañías de infantería se alojaron en el refectorio.

En esto, el Gral. Paredes había llegado á las goteras de México y se esperaba que atacaría de un momento á otro.

A la media noche de una de Diciembre, las dianas que tocaban las bandas de la Ciudadela, repetidas por el eco de las lomas del Molino del Rey, anunciaron á la guarnición de Chapultepec que algo notable ocurría en la Capital.

El Coronel Don Joaquín Fuero, que como segundo Jefe del Colegio tenia el mando, ordenó que el Teniente de las Compañías de alumnos Don Domingo Alvarado y el que esto escribe, marcháramos á México á informarnos de lo que pasaba, y si era posible, llegásemos hasta donde estuviera el Comandante General para recibir sus órdenes.

Salimos del bosque al trote largo, siguiendo la calzada que conduce á la garita de Belén; pero antes de llegar á ella, encontramos una Compañía de Guardia Nacional que abandonó la garita que cubría, y se replegaba á Chapultepec, por haberse pronunciado las tropas de la Ciudadela por el General Paredes.

Desde este momento pusimos al paso los caballos marchando con las precauciones consiguientes. Tomamos por el Paseo Bucareli, continuamos rectamente hasta la Plazuela de San Fernando y girando á la derecha, seguimos protegidos por la arquería hasta el cuartel de San Hipólito que encontramos en alarma. Allí no pudimos obtener más noticias que las que ya sabíamos, y continuamos por la arquería con objeto de llegar á la plaza por la calle de Tacuba.

En este trayecto nos cruzamos con dos batallones que se pronunciaron en Tlaltelolco y que se dirigían á la Ciudadela.

La noche oscura y la precipitación con que aquellas tropas marchaban, hicieron que no fijasen la atención en nosotros, y pudimos continuar sin peligro.

Por fin, llegamos al Palacio Nacional, donde el Teniente Alvarado desempeñó la comisión que llevaba acerca del Gral. Don Anastasio Bustamante, que era el Comandante General.

Terminada nuestra misión, nos volvimos tomando el mismo camino que habíamos llevado; pero al llegar á San Fernando, en vez de tomar por Bucareli, marchamos directamente hasta la Tlaxpana, y siguiendo por la calzada de la Verónica, llegamos á Chapultepec cuando ya amanecía.

El Colegio se puso en actitud de defensa, y yo escribía en el *mirador* unas comunicaciones que me dictaba el Coronel Fuero, cuando entró corriendo un alumno noticiando que la infantería que estaba alojada en el *refectorio* se acababa de pronunciar.

En el acto dejamos la escritura: el Coronel Fuero corrió para el refectorio y yo me incorporé á mi pieza que fué cargada á metralla.

Marroquín hizo también cargar la suya abocándola para el refectorio: los alumnos y los nacionales tomaron posiciones convenientes y todo estaba listo para un conflicto.

Fuero se empeñaba en reducir al orden á los pronunciados sin lograr su objeto, y ya se disponía á incorporarse á la fuerza fiel y comenzar las hostilidades, cuando los pronunciados viendo la mala posición en que se hallaban, solicitaron que se les dejara retirar.

La consideración de que la revolución estaba triunfante y que nada se conseguiría con que muriesen algunos de los alumnos, resolvió al Coronel á dejarlos salir; pero ellos, temerosos de que en su retirada se les hiciera fuego, lo obligaron á que los acompañase hasta la puerta del bosque.

Ya estaba pronunciada toda la guarnición de México y aún permanecía Chapultepec en actitud de defensa, cuando un ayudante del Gral. Bustamante llevó la orden para que el Colegio se pusiera á disposición de los vencedores.

Este fué mi primer hecho de armas, que aunque incruento, no por eso dejó de producir las emociones consiguientes.

De 1846 á 1848.

COMPLICADAS las relaciones entre México y los Estados Unidos, en términos de que una próxima ruptura parecía irremediable, el Gobierno comenzó á prepararse para la guerra, y en consecuencia, ordenó que todos los oficiales que se hallaban agregados al Colegio, se incorporasen á sus cuerpos; y yo lo fuí al Primer Batallón de Artillería.

Rotas al fin las hostilidades en la orilla del Bravo y derrotadas nuestras tropas, tuvieron éstas que replegarse á Monterrey.

El Gobierno se apresuró á enviar fuerzas para aumentar la guarnición de aquella ciudad, y el día 27 de Agosto de 1846 salió de México la brigada que mandaba el Gral. Don Simeón Ramírez, con la cual me tocó marchar.

El 9 de Septiembre llegó la Brigada á Monterrey y el 21 ya tomó parte en la defensa. Yo caí prisionero en el Fortín de la Tenería, donde corrí inminente riesgo de ser fusilado, pues los fusiles fueron apuntados á mi frente, debiendo mi salvación á un joven que me hizo prisionero y se comprometió á evitar que me fugase.

Lo demás que ocurrió en la defensa de la ciudad, consta en los apuntes que tengo publicados sobre la Invasión Americana.

En el parte que dió el General Don Francisco Mejía sobre el ataque de su línea, se lee:

“La artillería del Reducto de la Tenería estuvo á cargo del Capitán Don Jacinto Domínguez, con los Subtenientes Don Agustín Espinosa y Don Manuel Balbontín, quedando prisionero este último oficial.”

En un certificado extendido á mi favor, dice el General Don Pedro de Ampudia lo siguiente:

“Certifico: que el Teniente graduado, Subteniente de Artillería Don Manuel Balbontín, se halló á mis órdenes en la defensa que en 1846 hizo esta plaza contra las fuerzas extranjeras de los E. E. U. U. del Norte; que el 21 de Septiembre del mismo año fué hecho prisionero del enemigo en el recinto del Fortín de la Tenería, habiendo quedado en libertad *por medio del canje* verificado el 24 del mismo mes de Septiembre; habiéndose conducido este oficial con valor, desición y patriotismo en la parte que le tocó desempeñar en esta campaña.—Y para que así lo haga constar, le doy éste á su pedimento en la Ciudad de Monterrey, á 5 de Agosto de 1853.—*Pedro de Ampudia*”

En el parte que dió el Comandante Gral. de Artillería, Coronel Don Antonio Corona, relativo á los servicios que prestó el arma en la batalla de la Angostura, se lee lo que sigue: “Igualmente debo poner en conocimiento de V. E. la puntualidad y celo con que mis ayudantes Don José María Terroba, Don Manuel Balbontín y Don Mariano Espinosa, comunicaron mis órdenes.”

Un certificado del general Corona expedido en mi favor dice:

“Antonio Corona, General de Brigada.”—Certifico: que siendo Comandante General de Artillería del Ejército del Norte el año de 1846, tuve de Ayudante en la campaña y acción de la Angostura al Teniente de Artillería Don Manuel Balbontín, el cual se manejó durante toda aquella, á mi entera satisfacción, pues siempre manifestó un grande celo por el servicio y comunicó con mucha actividad todas las órdenes que le dí, acreditando así su valor y los vehementes deseos que te-

nia por el triunfo de las armas nacionales. A pedimento del interesado y para los usos que le convengan, doy el presente en Veracruz á 4 de Agosto de 1853.—Antonio Corona.”

En la orden general dada en el Campo de Padierna del 19 al 20 de Agosto de 1847, en la lista de ascensos que ella confiere, puede verse entre otros “por Teniente Coronel de infantería al Capitán de Artillería Don Severiano Contreras, por Capitán Graduado al Teniente de Artillería Don Antonio Grosso, por Teniente efectivo al graduado Don Manuel Balbontín &.”

En México me tocó estar en la Garita de San Antonio Abad ó Candelaria, y después en la Ciudadela.

Cuando la Capital fué evacuada, seguí con mi cuerpo á Querétaro, en donde se instaló el Gobierno.

Durante las operaciones en el Valle de México, los oficiales, de General abajo, no llevaban más equipaje que el vestuario que tenían puesto, y estaban sujetos á un diario económico, que distribuían á los que ocupaban puestos en las líneas, los habilitados de los cuerpos, ú oficiales comisionados al efecto.

En los últimos días, los repartos se fueron escaseando y algunos de los oficiales encargados de hacerlos, no volvieron á presentarse en las líneas. De semejante situación resultó, que al evacuar el ejército la Capital, la noche del 13 de Septiembre de 1847, la mayor parte del personal de oficiales iba en la mayor pobreza.

Para remediar, en parte, tan triste estado de cosas, al llegar á Tula, ordenó el General en Jefe que se ocupara el tabaco del estanco para repartirlo á los Jefes y oficiales.

Tocóles, pues, á razón de cuarta parte de paga; pero no teniendo modo de llevar aquella carga, la vendieron á mitad de su valor. Así fué, que á un Subteniente de Artillería que le tocaban poco menos de doce pesos, sólo recibió cinco y pico, y á uno de infantería, los nueve pesos y medio se le redujeron á cuatro pesos seis reales.

Con aquel corto auxilio pudimos llegar á Querétaro; pero una vez en la ciudad, en donde las exigencias eran mayores, todos nos vimos en la más grande angustia.

Raro era entre los subalternos quien tenía segunda camisa, la ropa exterior se hallaba muy deteriorada y las fondas no servían á los militares, á menos que no pagaran adelantado. No había otros alojamientos que los edificios, ó los conventos donde se había acuartelado la tropa.

En el Convento de la Cruz, los oficiales de Artillería habían establecido una especie de Colonia ocupando varias celdas que se hallaban vacantes por falta de frailes.

Allí instalados, y provistos de unos sudaderos de fibras de coco, que usan los arrieros para que no se les maten las mulas, improvisaron sus camas, y aquel que conservaba algunas monedas, se recataba de los demás por no auxiliarlos con algo.

Los desheredados, nos manteníamos con *cidras é higos* de la huerta del convento; pero este alimento no era suficiente, y ya sentíamos los horrores del hambre.

Entre tanto, el Gobierno no trataba de remediar aquella miseria, contentándose con dar el rancho de la tropa en especies, y no en dinero, y una pieza de pan por plaza para cada comida.

Es verdad que formuló una contrata para dar víveres á los oficiales; pero los efectos eran detestables. Además, ¿qué podrían hacer los oficiales con un puñado de garbanzos, otro de arroz, otro de frijoles, otro de sal y algunos chiles, sin tener trastos ni lugar donde guisarlos?

Así fué, que aquella disposición no pudo tener efecto ninguno.

El oficial de ranchos de mi batallón, que lo era el Teniente Don Zeferino Rodríguez, viendo el mal estado en que me hallaba, me dijo: “que me proveyese de una cazuela y que todos los días á la hora del rancho mandara á mi asistente para que me enviase una ración; pero que no me mandaría pan, porque le daban contadas las piezas para la tropa” En efecto, así lo hice y cada veinticuatro horas podía contar con una ración de arroz y otra de

carne, con lo que ya no me era tan penosa la abstinencia.

Formaba contraste con aquella miseria, el lujo de muchas familias acomodadas de México que habían emigrado á Querétaro huyendo de la invasión y que unidas á las que en esta ciudad gozaban de bienestar, procuraban pasar la vida lo más alegre que pudieran.

La ópera italiana que funcionaba en México, se trasladó á la nueva capital, y con los toros y los paseos amenizaban tanto como era dable los rigores de la situación.

También el elemento civil que había seguido al Gobierno, era atendido con solicitud por el Ministro Don Luis de la Rosa, y los empleados á quienes descuidaba, recibían de vez en cuando algunas cantidades extraordinarias en libranzas sobre la Aduana del Manzanillo para que pudieran socorrer á sus familias.

Pero el ejército era objeto de un odio profundo.

Había combatido; pero no había podido vencer á un enemigo muy superior en organización y en elementos de todas clases. Y la culpa que recaía sobre la Nación entera, que no había sabido organizar un ejército ni prepararse para la guerra, se trataba de echarla toda entera sobre el ejército.

No obstante, aquel puñado de hombres que acompañaban al Gobierno, era la única garantía de estabilidad que éste tenía.

Sin su apoyo, los Estados hubieran reasumido su soberanía. Una patrulla enemiga hubiera sido bastante para ponerlo en fuga, y al sublevarse la sierra de Xichú, sus poblaciones semi-salvajes se habían desbordado sobre las planicies del Bajío, como un torrente, cometiendo horrores como lo verificaron en las haciendas y poblados en que pudieron penetrar.

A fines de Octubre comenzó el Gobierno á atender con pequeños prorratesos á la fuerza que lo acompañaba, y poco á poco fueron normalizándose los pagos hasta que en los últimos meses de la permanencia en Querétaro ya se pudo repartir media paga.

Firmada la paz, la fuerza se dividió. Una parte marchó con el General Bustamante á sofocar el pronunciamiento del Padre Jarauta á Guanajuato: otra fué á aumen-

tar las tropas que operaban sobre la sierra; y la tercera regresó á México para formar la guarnición.

Preciso es asentar un episodio de importancia, aunque vergonzoso para el ejército.

Al verificarse la evacuación de México, muchos jefes y oficiales abandonaron sus banderas y se quedaron en sus casas.

El Gobierno en vez de darlos de baja los mandó sumariar, de lo que resultó que todos se proveyeron de certificados, caso por desgracia fácil entre nosotros, que acreditaban que se habían quedado enfermos.

Esto era por demás falso, porque no era posible que á un mismo tiempo se enfermaran de gravedad tantos individuos, y que se vieran obligados á abandonar sus filas sin conocimiento de sus respectivos jefes.

Pero los consejos de guerra fueron absolviendo á uno por uno, volviendo á ocupar los puestos que habían dejado vacantes, con agravio de los que fieles al Gobierno, lo siguieron exponiéndose á todas las consecuencias de la miseria y de los peligros.

Hubo más, ni siquiera se recompensó con una cinta, que nada le costaba al Gobierno, á aquellos hombres, para distinguirlos de los que habían faltado á sus deberes.

Semejante modo de obrar, mata por completo el estímulo, y pocos son los que sin esperar recompensa de ninguna clase quieren sacrificarse por la Patria.

Así fué, que en la guerra de intervención, á medida que el ejército se retiraba, aumentaban los huecos que la oficialidad dejaba; y como después del triunfo de la República, con el pretexto de una política conciliadora, se perdonó á los tráfugas, se les colocó y aun se les elevó al mismo tiempo que se despreciaba á los que habían sido leales, no sería por lo tanto aventurado pronosticar que si la Nación volviera á atravesar una crisis semejante, muy pocos habría que prefiriesen seguir la senda de los sacrificios y de la abnegación, á las ventajas que pudieran sacar de cometer una defección, ó por lo menos la tranquilidad que disfrutarían en su hogar, esperando el día del triunfo para presentarse al vencedor.